

## **Lucrecia desde el aire**

Que miedo. ¡Dale vos podés! La ventanilla, el sol, ¡está vez puedo...creo! No. Todavía no me la creo. ¿A qué le tengo tanto miedo!? ¡A morirme, no sé! ¡No, a quemarme viva! ¡A sufrir, al dolor! Tal vez a desaparecer en el aire. A no ser ni un punto en el espacio.

¡Ay! Me tiemblan las piernas, que nadie se dé cuenta. Tranquila Lucrecia, pudiste otras cosas, detesto que me vean con miedo. La azafata ya se dio cuenta.... pero no tengo miedo a volar, se lo expliqué a Aurora mil veces, estar en el aire no me da miedo, tengo miedo a no volver a bajar. Tengo que pensar un término nuevo que designe el miedo a no volver a bajar a la tierra, miedo a quemarte toda y desintegrarte y... dejar de ser.

No puedo respirar, me ahogo, me quiero bajar, quiero correr. ¡Siento la boca seca! ¡Siento ansiedad, se me acelera el corazón! Quiero gritar que tengo miedo, que no solo es aerofobia, sino que tengo miedo a no estar segura.

No. No, no quiero darle pena. Que no me vea así, ya bastante que se pidió los días en el trabajo por mí. No sé por qué todavía no me dejó, que paciencia me tiene este hombre. Algún día me dejará por otra que no se muestre segura, pero que sí lo sea de verdad. Te quiero abrazar, pero estoy muerta de miedo.

- ¡Estás bien Lucre!? ¿¡Te doy la mano!?
- ¿Te acordás de los consejos de la lista? Hacé de cuenta que es un simulacro más. ¡Estás linda! Asustada, pero linda. Vamos a repetir la lista juntos.
- No, no, dejá la pienso sola, mentalmente.

Calmate Lucrecia, no podés defraudarlo, ni defraudarte. Este es el intento final.

***Aerofobia o miedo a volar. Uno de cada tres pasajeros sufre esta fobia, pero solo una pequeña parte de la gente no puede, bajo ningún artilugio, viajar en avión. Solo unas pocas personas padecen esta***

***fobia en el estado más alto, un miedo intenso e irracional a volar.***

***Síntomas: aceleración del ritmo cardíaco, palidez, enrojecimiento del rostro repentino, sudoración, malestar estomacal, sequedad bucal, diarrea, náuseas, vómitos.***

Tus consejos de consultorio no me sirven acá. Me duele la panza, mi boca es un desierto. ¿Desde el aire será igual? Basssssta!! Cortala Lucrecia, así firme, basta. Esperaste casi tres horas en el aeropuerto, despachaste la valija, te vas a poder poner ese bikini rojo con brillos que en Mar del Plata te da vergüenza. En el caribe no vas a ser una abogada segura, ni una mujer insegura que sufre aerofobia. Ya estoy acá en el asiento de la ventanilla, con Julián, y a segundos de despegar. A ver vamos con el primer consejo de la lista: *Intenta entender lo que te espera.*

¿¡Qué me espera!? Este consejo en el consultorio me parecía tonto, ahora me parece filosófico. ¿Qué me espera? ¿Qué me espera cuándo? ¿Ahora? ¿Cuándo aterrice el avión? ¿Cuándo mis padres estén muertos? ¿Cuándo esté jubilada? ¿Cuándo sea vieja? ¡No te boicotees! ¿Qué me espera? El caribe, un destino soñado, agua turquesa, daiquiris de frutilla, sol, el bikini llamativo, arena finita... pero qué me espera realmente no lo sé, me da miedo eso también. Me voy a guardar esto, él no tiene la culpa de mis miedos.

¡Que ironía! Cuando era chica soñaba con volar al espacio exterior. Me acuerdo de mis naves espaciales. Siento que me escindí de esa nena, soy otra persona... como si mi yo de la infancia no me perteneciera más, como si fuera otra Lucrecia. ¿Cómo sería narrar ese recuerdo infantil? ¿Qué narrador usaría?

28 de enero de 1986, Lucre con 6 años y una nave espacial de cartón, broches de ropa y papel higiénico, la tele prendida, yo, Lucrecia chiquita, estaba ahí agarrada de la mano materna... Lucrecia chiquita, la que quería estudiar astronomía o tal vez ser astronauta, contemplaba con expectativa el despegue del transbordador espacial Challenger. El

corazón me latía como loco, muy fuerte, sístole y diástole, contracción y relajación continua, al palo, un tambor chiquito en un cuerpo que quería flotar. Era innegable, estaba emocionada, la primera vez que me poseyó la emoción de pies a cabeza. Palpitaba toda esa emoción desde el momento en que supe que siete personas comunes podían ir al espacio, pero entonces puedo ir yo- pensé. "También hay mujeres eh, una es maestra", le había dicho la mamá, mi mamá. No sabía bien qué era lo que me emocionaba, si estar con mamá de la mano, si ver la novedosa tele a color, si saber que también había mujeres en la nave, sin embargo, toda esa alegría se diluyó a los 73 segundos, cuando la nave se desintegró. Pufffffff adiós Challenger, adiós, maestra, adiós gente común. Se disolvió, así como un sueño, provocando la muerte de toda la tripulación. " El accidente más grave en la conquista del espacio". Fue una emoción gigante y plena, un estado de gracia, seguido de una sensación de mierda, horrible, juro que sentí que me ardía el pelo, olí el fuego, sentí que aspiraba humo negro, vi que mamá -maestra también- se quemaba ahí en la cocina de mi casa de la infancia, conmigo de la mano. Vi y olí las llamas en mi nave de cartón, era una fogata que ardía en el piso de la cocina. Así, Lucre chiquita, yo, entendí que cumplir sueños no es fácil y si te emocionas demasiado, podés arder, arder... quemarte hasta los huesos.

Ya estamos despegando, siento que me muero. Mi boca está seca como un salar.

Dale, Lucrecia...No desesperes que venís bien, el segundo consejo de la lista:

*Comprende que volar es seguro*

El avión es seguro, volar es seguro. Miles de aviones despegan y llegan a destino todos los días, es más seguro que viajar en auto. Aurora me lo dijo, me trajo estadísticas, gráficos de torta, estudios de aeronavegación. Pero ¿si me desintegro?

Esa nena de flequillo colorado y pequitas me mira raro, se dio cuenta de que estoy

aterrada. Debe pensar que señora tonta, si yo que soy chica no tengo miedo. La azafata me sonríe con piedad, porque también se dio cuenta, sí es eso, es piedad. ¿Se me notará que sonrío como una idiota? ¿Y si justo este avión explota?

“Todo tiene que ser seguro”. Hay que ir a lo seguro, así dice mi viejo, y eso se extiende a la carrera y el trabajo. Según Aurora, está estadísticamente comprobado que volar en avión es el modo más seguro de viajar. Está bien, entonces volar está bien, siempre trato de hacer lo que es seguro. Volar en avión es seguro, volar con la cabeza **NO**.

Estudié una carrera segura. Segura ante los profesores, rendía los orales con una seguridad y soltura envidiables. Desde que dejé esas naves de cartón, dejé de soñar con el espacio, pero fui segura por la tierra. No hay que correr riesgos, me dije.

Me acuerdo de la tarde en que puse el título en la pared.

Esa tarde el clavo entró como un dardo, así de una, limpiito, al primer golpe de martillo, mientras pensé si realmente quería colgar ese título. ¿A quién se le ocurre estudiar astronomía en este país? Me había dicho mi hermano mayor.

Mi hermano, no me entendía, me decía que era una rebuscada, que hacía cosas raras, que las pibas jugaban con cosas de pibas y yo hacía cohetes estrafalarios. ¡Menos mal que estudiaste abogacía Lucre! Le rompía las pelotas compartir el cuarto con una ñoña que quería ir al “Espacio sideral”.

Lo bueno, lo seguro es que esta carrera me da plata y tener plata es ir a lo seguro. Además de viajar en primera clase, ya tengo mi propia oficina. “Mi nieta, que es abogada, tiene su propia oficina”, no importa de qué o con quien hable, la abuela María Luisa se las ingenia para meter esa acotación.

Que perfume penetrante, ¿será la mina que está en el asiento de adelante? ¿Por qué me resulta tan familiar?

- ¿Olés Julián? Que perfume tan penetrante. Yo conozco este perfume, estoy segura. Es una fragancia fuerte pero agradable.
- Todos huelen bien en la primera clase, Lucre.
- Sí, pero este perfume lo conozco. Este perfume lo conozco de antes.

Es un aroma fuerte y denso, pero al mismo tiempo agradable como un lugar raro pero cómodo al mismo tiempo. ¿Quién lo usaba? Pensá Lucrecia, hace memoria. Ah sí lo usaba Dalila. Inolvidable Dalila.

- Lucre, estamos volando y estás bien. Te amo.
- ¿Vos oles el perfume Julián?
- ¡Sí, lo huelo! Parece que alguna mina se tiró el frasco entero.

Sigo oliendo ese perfume embriagador y evoco a Dalila. Dalila Pietra Monteagudo, una contadora unos doce años mayor que yo, súper elegante, la amaba y odiaba al mismo tiempo. Nunca voy a olvidar que me cedió la oficina con la ventana más grande, y que mandó a hacer mis tarjetas. Dalila cómo olvidarla, cuando hablaba movía mucho las manos y le sonaban las pulseras, pulseras caras, de oro con un ruido metálico. El pelo siempre perfecto, rubio y lacio, que religiosamente se teñía cada tres semanas, nunca supe de qué color era su pelo real. Y su perfume, que ahora me invade, en este vuelo en primera clase, que me ayuda a evocarte para no pensar en mi miedo, este perfume que me envuelve, esta fragancia importada que también invadía toda nuestra oficina. Dalila y su particular modo de hablar, cada dos oraciones, metía alguna palabra en inglés o en francés o en portugués. Le encantaba tener una compañera de oficina más joven para poder llenarla de consejos y de recomendaciones. Todos los días tenía algo para recomendarme “Vos siempre mirá desde arriba”, “se correcta y amable pero un poco distante”, “no importa si sos letrada de una ciruja o de un presidente, vos siempre, pero

siempre mostrate segura". Me acuerdo de que viajaba cada dos o tres meses a los lugares más exóticos del mundo y siempre me traía algo. Era generosa, pero después me cargoseaba si no usaba su regalo. Quería que me vistiera como ella, que me cambiara el peinado, decía que mi melena era de gitana, no de abogada. Dalila buena mina, pero medio invasiva, como su perfume, siempre dispuesta a dar el consejo que nadie le pide. Abogada, las letras brillantes de la tarjeta lo dicen. Me costaba presentarme así, había hecho "todo" para serlo, estudiado arduamente un código que en el fondo poco me importaba. Dalila me decía que siempre que hablara con alguien tenía que concluir la charla dándole mi tarjeta, tarjetas que ella misma mandó a hacer con letras doradas. No sé por qué me quería tanto.

Se fue a vivir a Milán, seguramente en un avión como este, en primera clase con gente muy perfumada. Estamos en el aire y todavía no me quemé. Ya podemos sacarnos los cinturones. Sería bueno ir a dar una vuelta por el avión.

- Julián, ya me siento bien. Voy al baño y a dar una vuelta
- ¿¡Estás bien, no!? ¿¡Cómo te sentís!? Tenés la boca seca!?
- Un poco.
- Espera que venga la azafata y tomás algo.
- Alguno de los consejos decía que había que tomar una o dos copas.

Entre los síntomas más comunes de mi fobia está el de la boca seca, tomo agua y la siento más seca...es agua que seca.

Que lindo es esto, pero si lo pienso mucho me vuelve a latir el corazón con locura, ni la sublingual me va a calmar. Pensá en otra cosa, hasta ahora te la estás bancando. La playa, la arena, el daiquiri, el bikini sexy, el agua turquesa...

Tercer consejo de la lista: *Planea bien tu viaje*

Todo, todo planeado y organizado: los horarios, el hotel, las excursiones y todo lo que puedo organizar.

No me gusta mucho mi trabajo, pero soy organizada y lo extiendo a mi vida. Soy puntual, meticulosa, atenta con los clientes, diligente, la primera en llegar a los juzgados. Todo siempre bien planeado.

- ¡¡Lucrecia!! ya estamos volando. Pudiste. ¿Te das cuenta!? Estás volando en avión.  
¿Qué tal la vuelta!?
- Mucha gente con cara de vacaciones. Dame la mano fuerte.
- ¿Querés un chicle? Me duelen los oídos. Sentís la presión en los oídos.

Siento presión. La presión en los oídos, en el pecho, en el corazón, en el espíritu, pero esto también me lo guardo. La presión de mostrarme siempre SEGURA.

- ¿Estará bueno el hotel? Te acordás cuando fuimos a Brasil, veinte mil horas en la ruta, yo pensaba cuánto amo a esta mina para dejarla que me convenza de viajar así. Te confieso que por momentos te odié. Pero, qué bueno era el hotel, las excursiones, todo organizado perfecto, ahí te volví a amar jajajaja. Cuando estoy con vos siento que todo va a salir bien.

Lo escucho y lo amo más, pero siento que lo engaño, no sabe que tiemblo como una hoja. Si no hago planes, si no organizo todo milimétricamente, me invaden los deseos que fui amordazando con los años, si dejo que mi mente vuele, me voy a quemar.

- Si, estaba todo bien planeado. La pasamos genial. Espero que este viaje también sea perfecto. Ya estar volando me parece un sueño.

Menos mal que estoy viajando con él, menos mal que me soporta, así como soy, sin entender bien quien soy. No me sale decirle todo lo que quisiera decirle. Tengo miedo de hablar y llorar. No voy a llorar.

Sigo con mi lista: *Elegir el mejor asiento*. Julián, aplica perfecto para el cuarto consejo:

No podría elegir un asiento que no tuviera ventana y que no estuviera con él. Cómo decirle que yo organizo todo, pero que tengo miedo a todo. No puedo decirle que vivo en un corset de orden y organización porque soy un caos. Que agradezco haberlo conocido para agarrarme de él. Que es una paradoja que tenga aerofobia, si lo que más quisiera es volar.

- Estuvo bien Aurora cuando me recomendó viajar con vos.
- ¡Al principio venías puteándola jajaja! La detestabas, amenazaste varias veces con dejar de ir, ¡pero habías pagado jajaja!
- ¡Sí! Creo que fue mi estrategia, pagar por adelantado para no dejar de ir.
- Aplicas perfecto para ser mi compañero de asiento.
- Aplicó perfecto para ser tu compañero en todo.
- El quinto consejo es muy tonto.
- Te habías enojado por ese consejo: *Imagínate que estás en un colectivo*
- Sí, es muy bobo, ni lo tengo en cuenta.
- ¿Te molesta si me duermo un rato?
- ¡Gracias Juli, por estar... dormí, yo estoy bien!

Que hermoso es volar... si me olvidó de que me puedo desintegrar. Si miro por la ventana y veo ese cielo hermoso. Mucho mejor que el simulador de vuelo. Así, agarrada de la mano de Julián, me siento segura, segura por dentro no una máscara.

Vuelvo a sentir la boca seca, no me puedo tomar otra pastilla.

¡Tranquila! Cálmate, está todo bien. Hasta ahora solo la azafata y la nena del flequillo colorado se dieron cuenta de mi miedo.

Sigo con la lista: *Piensa en las cosas buenas que te esperan en el destino*

No estoy muy segura de mi destino en términos existencialistas, pero vamos al Caribe.

Voy a usar el bikini que me regaló Julián, nos vamos a meter en esas aguas turquesas y cálidas, va a ser como un bautismo pagano. Voy a renacer.

Me siento bien, y casi no tengo miedo, cosa rara. Me da miedo no tener miedo, "el miedo no es zonzo" decía mi abuelo.

Vamos Lucrecia, estás pudiendo.

- Amor, me voy a dar otra vueltita.
- ¡Ojo! No te vayas a enganchar a un magnate con perfume importado.
- ¡Sos loco! Me gustas vos con cualquier perfume.

Me parece que estoy canchereando, otra vez siento la boca como un desierto.

Estoy en primera clase, con un hombre bueno, voy a ir al Caribe, ¿¡qué puede salir mal!?

Otra vez ese miedo, siento que pierdo el control. Seguí con la lista de recomendaciones que venís más o menos bien, todavía no corriste, no gritaste, no agarraste a la azafata de la solapa, ni le tiraste de las colitas a la nena de flequillo colorado. No grites, no llores.

Esa chica morocha de ojos grandes tiene miedo, me doy cuenta. Tiene la misma sonrisa de idiota que hasta hace un rato tenía yo. ¿Estará viajando sola o... tendrá a su Julián?

Me parece que le voy a hablar. Huelo su miedo como el perfume de Dalila. Miedo, miedo como un aroma que envuelve, embriaga y ahoga. "El miedo se huele", nos había dicho un profesor, pero se huele en serio. Me voy a acercar y sacarle tema:

- ¡Está lleno el avión! Muchos eligieron el caribe. ¿Vos ya lo conoces?
- Es la primera vez que viajo en un avión. Me da fobia volar.
- Sí, me dí cuenta.
- Perdón, ¿¡cómo que te diste cuenta!?
- ¡¡Sí, somos colegas de miedo jajaja!! Y creo que hay muchos con miedo, pero no sonríen tanto como vos.

- Se me nota mucho, me da bronca, pero sí, me aterraba, en realidad no tengo miedo a volar, tengo claustrofobia.
- Yo tengo miedo a arder y desintegrarme, te gané.

Mientras hablo con esta mujer, siento que estoy superando un miedo atávico e irracional, siento que soy yo, pero al mismo tiempo soy otra... o mejor dicho vuelvo a ser la Lucrela de las naves de papel y cartón. Soy las dos y soy una. Estoy contenta, como no estaba hacía rato. Sin darme cuenta, estoy siguiendo algunos de los consejos de la lista. *Concéntrate en entretenerte durante el viaje. Charlá con tu vecino de asiento.*

Estoy feliz, quiero llorar, pero estoy feliz, soltá loca, dejá volar tu Challenger interior que no va a explotar, ¡¡basta!! ¿¡Volar es seguro, y si no lo fuera!?... a la mierda si ardo. Tengo que hablarle, él tiene que saberlo, la seguridad es miedo y volar es soñar. Tiene que saber de mis dos yo.

- Volvió mi letrada favorita.
- Julián, te tengo que contar algo. No soy segura, tengo miedo, soy un caos. Organizo todo porque tengo miedo, miedo de volarme, en realidad estoy agarrada de vos, a mi trabajo, a mi oficina, a mis rutinas. Tengo miedo de ser como era de chica, tengo miedo de quemarme de emociones. ¿¡Nunca te conté que quería ser astronauta!?
- No, nunca. Nunca me dijiste una palabra de tu infancia.

El avión tocar tierra, me late el corazón como un tambor, fuerte muy fuerte, sístole y diástole, al palo, me envuelve la emoción de pies a cabeza. Siento el estado de gracia. Ya estamos en tierra. No ardió la nave. Sí, pudiste Lucre.

- Julián, quiero hacer el vieje en globo en Capadocia.
- ¡¡Pará emoción!!